

# EDITORIAL

## La relatividad del tiempo

Por Carlos-Roberto Peña-Barrera (editor) - editor@sapiensresearch.org

Me sorprende que mi padre y mi suegro tengan una memoria tan buena. Se acuerdan del año, el mes y hasta el día en que ocurrió cierto asunto. Cuando me cuentan ciertas cosas de su historia, eso empieza a hacer parte de mi memoria y mis recuerdos. Seguramente lo que yo considero allá en mi pensamiento no es lo mismo de ellos, pero me regalan un poco de su devenir. Y justamente en ese proceso mental es que puedo mirar mi pasado y darme cuenta de que hay unas cosas que para mí son sorprendentes. Tal es el caso de mi niñez y, en general, de nuestra niñez. De solo pensarlo, lo veo lejos, como si hubiera pasado hace mucho más tiempo del que pasó, pero si llego a ver una foto de ese evento, empiezo no solo a recordar sino a sentir cosas que quizá fueron las mismas de ese entonces y, en ese sentido, se me hace todo como si fuera ayer.

Es en eso en lo que justamente me quiero enfocar, en la relatividad del tiempo. Con relatividad me refiero a lo contrario de absoluto. Para mí, absoluto es Dios y sus enseñanzas y mandamientos; pero el tiempo, fruto de su creación, definitivamente para mí es relativo. Cuando estaba en el colegio y en mis primeros grados de primaria, la cancha de fútbol y las zonas de recreación se me hacían gigantes, enormes. Pero hoy día que estoy en una parecida, la veo en su justa medida según mi posición: ya no es gigante. Me ocurrió lo mismo con los estudiantes de últimos grados, los veía adultos, muy grandes y yo, apenas un pequeñín. Ahora, veinticinco o más años después de haberme graduado, veo a los bachilleres, a donde apuntan mis hijos, como unos niños grandes, pero no en adultos.

También me ocurrió cuando tenía unos quince años, quizá un año más o menos. Nos llevaron a una montaña para acampar en su cumbre. Cuando llegamos a aquel pueblo, estábamos en pleno día y todos creíamos totalmente que en unas dos horas estaríamos allá preparando la fogata para calentarnos y, de paso, preparar algo de comer. No fue así. Iniciamos como a las dos o tres de la tarde y eran las once de la noche y todavía no llegábamos. El paisaje desde abajo nos hizo creer otra cosa. Finalmente llegamos como a la media noche. Rendidos, agotados, sucios y con hambre, miramos el cielo del pueblo y, más lejos después de otras cadenas de montañas, las luces de nuestra ciudad. Estábamos felices y cuando llegó la mañana siguiente, al ver todas esas casas tan pequeñas, nos dijimos que por qué nos habíamos demorado tanto. Por supuesto, también fue porque no subimos como quizá debería ser, con constancia y rápido. Entre paradas constantes y comentarios que nos hacían reír se nos pasaron las horas. Y allí sentía el tiempo también como algo relativo: un montón de tiempo para subir, pero, después de dos días de estar allá arriba con todos mis amigos y tomando el transporte de regreso, definitivamente se nos pasaron esos dos días como si hubieran sido dos horas. Y creo que eso nos ha pasado a todos.

En algún momento todos hemos escuchado que alguien dice que la vida es como un soplo. Justamente hoy están naciendo miles de niños alrededor de este planeta, pero también fallecieron miles de personas más. Algunos con seguridad llegaron hasta los ochenta o noventa o incluso cien años. ¿Pero qué es todo ese tiempo? Creo que se parece a un algo-dón de azúcar: grandote pero, si lo aprietas, es solo una pequeña bolita rosada, nada más. A todas las personas que les pregunto sobre cómo percibieron que pasó este año, me dicen que a toda velocidad, que demasiado rápido. Y que cada año es más rápido que el anterior. ¿Por qué está pasando esto? ¿Es algo sobrenatural?

Pareciera que sí, porque al preguntarle a los pequeños, también me responden lo mismo. Parece que es algo que está impactando a todas las personas.

El tiempo más rápido se pasa en las vacaciones. Anhelamos que lleguen y se nos hace eterno mientras pasa semana tras semana antes de esa meta. Cuando estamos disfrutándolas, cada día es como una hora y, cuando estamos en el último día, antes de regresar al trabajo o estudio, consideramos ese tiempo como el mismo con el que tardamos en comer un helado. Me pregunto si esto es justo y, a veces, me parece que no. Eso me pasa cuando me voy a levantar. No tengo ganas. Quisiera seguir durmiendo. Y eso le pasa también a mis hijos y esposa. Pero hay que iniciar el día, así como se ha hecho desde que vivimos. En esta eterna repetición de eventos que pasan entre cada mañana y cada noche, que es prácticamente exacta, estamos nosotros, con la oportunidad de vivir y aprovechar cada segundo. Porque pienso que después de la verdadera vida, el siguiente precioso regalo del cielo es el tiempo. Por eso debemos aprovecharlo al máximo. Esto se lo reitero a muchas personas.

La vida tiene un infinito valor al cual no se le puede poner un precio, y creo que sucede algo similar con el tiempo. Para mí vale más que todo el oro o plata del mundo. Cada día es una preciosa oportunidad en el que podemos sembrar buenas semillas cuyos frutos podrán recibir nuestras siguientes generaciones. O podemos hacer lo contrario. Por supuesto, eso es decisión de cada persona cómo aprovechará el tiempo, pero por mi parte, hay que exprimirlo y sacarle el mayor provecho. Es verdad, este mundo es supremamente desigual y la gran mayoría quisiera vivir el tiempo de una manera diferente porque su día a día es de solo sufrimiento. Aun así, creo que hay esperanza. Quien nos regala el tiempo y la vida también nos da la oportunidad de que podamos experimentar las cosas de una manera diferente. Creo firmemente en que hay cosas que dependen de nosotros, pero hay otras que se salen de nuestras manos, que no están en función de nosotros, así como el tiempo. Puede llegar ese día de lluvia que tanto esperamos, o de sol. Las cosas pueden cambiar si dejamos que sea Dios el que tome el control. Él decidirá si hacemos o no durante cada día.

Podemos planear lo que haremos hoy o el otro año o los próximos años, pero es mejor que sea haga la voluntad del Creador. Quizá para algunos leer este artículo fue solo algo pasajero o un texto que le vino por casualidad, pero la invitación es a que no sea solo eso. Puede ser una invitación para que mire el tiempo con respeto, que lo pueda aprovechar y sepa que no está allí para que haga lo que desee, sino para que sepa que es la gran oportunidad para reconocer que, como todo, tenemos un propósito y que esta vida no consiste en solo esperar que los segundos terminen mientras el corazón deja de latir. Hay más. Podemos regresar al origen de todo, desde donde partimos y a quien nos ama.